

Trilogía de Hiroshima: *Hiroshima* de John Hersey, *Hiroshima Notes* de Kenzaburo Oe, y *Yo viví la bomba atómica* del P. Pedro Arrupe

JOSÉ M. RUIZ

Universidad de Valladolid

A los cincuenta años de la destrucción atómica de Hiroshima puede resultar instructivo volver de nuevo la mirada a aquel trágico acontecimiento, la mayor catástrofe producida por el hombre en la historia de la humanidad, que tuvo lugar el 6 de Agosto de 1945, y cuyas consecuencias se han prolongado hasta nuestros días.

Entre las innumerables obras de historia, de ficción, de narrativa breve o incluso de poesía que se han escrito sobre Hiroshima y la bomba atómica nos vamos a fijar en tres, escritas por otros tantos autores que, desde distintos ángulos de observación, nos ofrecen unos reportajes vivos y dramáticos de los hechos y sus consecuencias. De estos tres autores el uno, John Hersey, es norteamericano y escribió *Hiroshima* (1946), el segundo es japonés, Kenzaburo Oe, y es autor de *Hiroshima Notes* (1965). Por fin el español Pedro Arrupe que fue testigo presencial del trágico acontecimiento escribió *Yo viví la bomba atómica* (1952).

Hiroshima

Hiroshima es uno de los reportajes más memorables de todos los que se escribieron sobre la segunda guerra mundial y es especial sobre la guerra en el Pacífico. Su autor, John Hersey, nació en 1914 en la ciudad china de Tientsin, donde sus padres americanos residían como misioneros. En China recibió su primera educación que completó posteriormente en la Universidad de Yale de Estados Unidos y en Inglaterra. Fue luego secretario personal del escritor y premio Nobel (1930) Sinclair Lewis. Posteriormente fue corresponsal y colaborador de las revistas *Time* y *Life*. Escribió asimismo una serie de obras relacionadas con los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial: *Men on Bataan* (1942), *Into the Valley* (1943), y *Hiroshima* (1946). Todas ellas están escritas como reportajes documentales. Escribió también novelas en las que suele utilizar asimismo una técnica periodística y documental. Una de ellas, *A Bell for Adamo* (1944), le mereció el premio Pulitzer, y trata sobre los primeros días de la ocupación de una aldea siciliana por las tropas americanas. La novela se adaptó luego para el teatro y se hizo asimismo una película. Posteriormente salieron a la luz otras obras como *The Wall* (1950) sobre el fracasado intento de sublevación del gueto judío de Warsovia contra

los nazis, o *The Child Buyer* (1960) que representa una aguda sátira contra la educación moderna. Su producción literaria tanto de ficción como de no ficción siguió aumentando con temas de actualidad que van desde el tratamiento de problemas interraciales, como las novelas *White Lotus* (1965), una parábola sobre relaciones raciales, *The Algiers Motel Incident*, sobre los disturbios raciales que tuvieron lugar en Detroit el año 1967, hasta temas relacionados con los problemas de los estudiantes de Yale en su *Letter to the Alumni* (1970).

Hiroshima es un reportaje sobre la explosión y los efectos de la primera bomba atómica lanzada sobre una ciudad a través del testimonio personal de seis supervivientes. La obra que se publicó por primera vez en 1946, es decir un año después del trágico acontecimiento, es una recopilación de una serie de reportajes del propio autor que habían aparecido antes periódicamente en el *New Yorker* de Nueva York. La obra causó una profunda impresión en la opinión pública americana, y se tradujo a once lenguas. Después de cuarenta años el autor vuelve de nuevo a Japón y como fruto de esta visita escribe un nuevo capítulo en el que nos cuenta lo que les había sucedido a los seis supervivientes de la bomba atómica. En 1985 se hace una nueva edición de *Hiroshima*, añadiéndosele al final el nuevo capítulo que desde entonces se ha incluido ya siempre en posteriores ediciones.

En las ediciones actuales, la obra está pues dividida en cinco capítulos. En el primero que lleva por título "A Noiseless Flash", un relámpago o destello sin ruido, Hersey nos presenta a los seis protagonistas que ha elegido entre las gentes normales de la ciudad como testigos presenciales de la hecatombe atómica. El autor nos los presenta a cada uno de ellos en la situación precisa y en la actividad concreta que estaban desarrollando a las 8,15 de la mañana del 6 de Agosto de 1945, en el momento en que quedó destruida la ciudad de Hiroshima.

Los seis personajes reales y las actividades que están desarrollando en el momento de la explosión atómica son las siguientes: La Srta. Toshiko Sasaki, empleada administrativa, acaba de tomar asiento en su oficina de la empresa East Asia Tin Works. El Dr. Masakazu Fujii, se dispone a leer el periódico *Asabi* de Osaka sentado a la entrada de su clínica privada junto al río Kyo. La señora Hatsuyo Nakamura, viuda de un sastre y que se gana la vida como costurera, se encuentra de pie junto a la ventana de su cocina. El P. Wilhelm Kleinsorge, jesuita alemán, está en su habitación en un tercer piso de la residencia de los jesuitas leyendo la revista *Stimmen der Zeit* que publican los jesuitas alemanes. El Dr. Terufumi Sasaki, médico cirujano, lleva un frasco de sangre por un pasillo del Hospital de la Cruz Roja para hacer la prueba de Wassermann. Y finalmente el Sr. Kiyoshi Tanimoto, pastor de la Iglesia Metodista de Hiroshima va a descargar un carro de mano lleno de objetos que transportaba desde el centro de la ciudad para protegerlos de un posible bombardeo que se temía inminente.

Todos ellos vieron un asombroso fogonazo de luz. Al Sr. Tanimoto le pareció una inmensa lámina de sol, y quedó aterrorizado. Como se encontraba a 3.200 metros de la explosión tuvo algunos segundos para cobijarse entre dos rocas grandes del jardín. Pero ni él ni nadie en Hiroshima recordaba haber oído ningún ruido, cuando a más de 30 kilómetros de la ciudad se había visto el fogonazo y se había oído una tremenda explosión. La señora Nakamura que se encontraba a 1.230

metros del centro de la explosión vió de repente todo con una blancura superior a cuanto había visto en su vida, y sintió de repente como si algo la lanzara volando a la habitación siguiente y la siguieran trozos de la casa. El Dr. Fujii, mientras leía el periódico, vió un intenso reflejo que le pareció de un amarillo brillante, y de pronto él y su clínica cayeron al río. Estaba a 1.440 metros del centro de la explosión. Por su parte el P. Kleinsorge creyó que había caído una bomba en la propia residencia de los jesuitas, en realidad había explotado a una distancia de 1.340 metros, y le recordó algo que leyó de niño al chocar un gran meteorito con la tierra, y a los pocos segundos quedó inconsciente. Al Dr. Sasaki que vió el resplandor en el pasillo del hospital le pareció un gigantesto flash fotográfico, y a los pocos instantes las gafas que llevaba puestas desaparecieron, el frasco de sangre que llevaba se estrelló contra una pared, y sus zapatillas japonesas se desprendieron de debajo de sus pies. Creía que había caído una bomba en el hospital. En realidad se encontraba a 1.500 metros del lugar en que explotó. La Srta. Sasaki estaba hablando con su compañera de oficina cuando la habitación quedó inundada de una luz cegadora. Quedó paralizada de miedo, y vió que todo caía sobre ella, estantes de libros, el techo, y luego el propio piso en que se encontraba se hundió también. Ella perdió el conocimiento, y se encontraba a 1.460 metros del lugar de la explosión.

El capítulo segundo se titula "The Fire". En él se relata la visión dantesca de toda la ciudad en llamas con una densa nube de humo y polvo cada vez más negra. Todos creyeron al principio que se trataba de una bomba caída en las cercanías, pero pronto se dieron cuenta de que la ciudad entera había sido destruida, y que la inmensa mayoría de sus 250.000 habitantes eran ya cadáveres o estaban gravemente heridos. Unos cien mil murieron en los primeros momentos y otros cien mil quedaron heridos de diversa gravedad. Al Hospital de la Cruz Roja, el mayor de la ciudad y que contaba sólo con seiscientas camas, acudieron más de 10.000 heridos. De los ciento cincuenta médicos de la ciudad sesenta y cinco habían muerto y la mayoría de los restantes estaban heridos, y de las 1.780 enfermeras 1.654 habían muerto o estaban gravemente heridas. Muchos de los supervivientes se refugiaban en el parque Asano con la esperanza de que no se propagaría en él el fuego que devoraba el resto de la ciudad. La descripción que de él nos da el autor de *Hiroshima* tal y como lo contempló el P. Kleinsorge es de un realismo extraordinariamente elocuente para explicar la total desolación junto con la resignación heroica de aquellas gentes, hombres, mujeres y niños que llenaban el parque, y entre los cuales resultaba a veces difícil distinguir los que aún vivían de los que estaban ya muertos:

To Father Kleinsorge, an Occidental, the silence in the grove by the river, where hundreds of gruesomely wounded suffered together, was of the most dreadful and awesome phenomena of his whole experience. The hurt ones were quiet; no one wept, much less screamed in pain; no one complained; none of the many who died did so noisily, not even the children cried; very few people even spoke. And when father Kleinsorge gave water to some whose faces had been almost blotted out by flash burns, they took their share and then raised themselves a little and bowed to him, in thanks (pág. 53).

El capítulo tercero, "Details Are Being Investigated", presenta el escenario de la destruida ciudad de Hiroshima en el delta de los siete ríos, desde la tarde en que explotó la bomba hasta el 15 de Agosto, a través de la experiencia y actividad de los seis protagonistas supervivientes. La Srta. Sasaki estuvo sepultada dos días y dos noches bajo los escombros protegida bajo una lámina de acero. Cuando el día 8 vinieron unos amigos con la idea de rescatar el cadáver la encontraron aun con vida y la sacaron. Tenía una pierna rota y fue ingresada en un hospital, y luego trasladada a otros hospitales por más de un año quedando al fin con la pierna reducida de tamaño y con poco flexibilidad. Los otros se dedicaron o bien a ponerse a salvo o a ayudar cada uno como podía a los que estaban peor que ellos. Así por ejemplo el Sr. Tanimoto ayudaba a los enfermos a cruzar un río en un bote. En una ocasión al tomar por las manos a una señora para ayudarla se quedó con la piel de las manos que se desprendió como si fuera guantes. Por su parte el P. Kleinsorge se dedicó en primer lugar junto con el P. Cieslik, que resultó ileso, a evacuar a los otros compañeros de residencia, el superior P. Lasalle y el P. Schiffer, ambos heridos con heridas de cierta gravedad. Todos ellos eran alemanes. El lugar al que los trasladaban era la casa noviciado que los jesuitas tenían en Nagatsuka, una pequeña población a las afueras de Hiroshima a unos seis kilómetros del centro de la ciudad. Del Rector del Noviciado que era a la vez maestro de novicios escribe John Hersey: "The rector of the Noviciate, who had been a doctor before he entered the religious order, cleaned the wounds of the two priests and put them to bed between clean sheets, and they thank God for the care they had received" (pág. 68). Varias veces se refiere Hersey al rector del Noviciado que convirtió la bella capilla de la casa en improvisada sala de hospital con cincuenta enfermos. Lo que no dice, sin embargo, es ni el nombre del rector ni su nacionalidad, y que no era otro sino el P. Pedro Arrupe, jesuita español, que efectivamente había estudiado medicina antes de entrar en la Compañía de Jesús. Es asimismo el autor del libro *Yo viví la bomba atómica* (1954).

El día 7 de Agosto daba la radio japonesa por primera vez la información de que "Hiroshima había sufrido daños considerables como resultado del ataque de algunos B-29. Se creía que se había usado un nuevo tipo de bomba", y terminaba con la frase que toma Hersey para encabezar este capítulo: "The details are being investigated", se están investigando los detalles (pág.69). El Presidente de Estados Unidos por su parte anunciaba que se trataba de una bomba atómica con una fuerza superior a la de 20.000 toneladas de T.N.T.

El día 9 de Agosto a las 11 de la mañana se lanzó la segunda bomba atómica; esta vez sobre Nagasaki. Pero los supervivientes de Hiroshima tardaron varios días en enterarse de que tenían ya compañía en su trágica suerte, debido al hecho de que tanto la radio como los periódicos japoneses eran muy cautelosos respecto al tema de armas nuevas.

El día 15 por la mañana, por primera vez en la historia, el Emperador Hirohito hablaba al pueblo japonés por la radio para explicar la medida extraordinaria que se había tomado: la rendición incondicional. Japón empezaba una nueva etapa en su historia.

El capítulo cuarto lleva por título "Panic Grass and Feverfew", y en él se relatan los hechos que les ocurren a partir del 18 de Agosto a los seis protagonistas, sus sentimientos, sus temores y esperanzas ante la vida que les espera. En contraste con el dolor y la muerte de los seres humanos, y la desaparición de prácticamente todos los edificios de la ciudad, el mundo vegetal parecía reaccionar de forma contraria; flores y hierbas de todas las especies brotaban de entre las ruinas y cenizas con una energía nunca vista.

El Dr. Sasaki y sus colegas médicos observaban enfermedades hasta entonces desconocidas, y lógicamente las atribuían a las radiaciones desprendidas de la explosión atómica. Muchas personas habían muerto aparentemente sin lesión alguna. En un radio de algo menos de un kilómetro murió el 95% de la población. Muchos enfermos presentaban fuertes síntomas de náuseas, dolores de cabeza, fiebre, diarrea, etc. De 25 a 30 días después de la explosión aparecían graves problemas en la sangre. El desconocimiento de las nuevas enfermedades y la falta de medios empeoraba la situación. Un gran número de supervivientes sufrían síntomas típicos de la enfermedad que se denominó simplemente enfermedad de la radiación. Dicha enfermedad había afectado con mayor intensidad a los que habían estado más activos después de la explosión. Los científicos por su parte habían hecho asimismo importantes averiguaciones. Habían averiguado, por ejemplo, dónde fue el centro de la explosión. Asimismo, sabiendo que la mica se funde a los 900° C, habían observado que ésta se había fundido a 350 metros del centro de la explosión, y sabiendo que las tejas de arcilla que se usan en Hiroshima se funden a 1.300° C comprobaron que estas tejas se habían disuelto a 550 metros del centro. Después de sus investigaciones y mediciones llegaron a la conclusión de que la temperatura alcanzada por la bomba en el suelo en el centro de la explosión tuvo que ser de 6.000° C.

En medio de las ruinas y a pesar de las graves consecuencias de la explosión atómica muchos ciudadanos que se habían recuperado ya de sus dolencias volvían de nuevo a Hiroshima y comenzaban los trabajos de reconstrucción. Para el día primero de Noviembre ya eran unos 137.000 los residentes de Hiroshima. Los jesuitas fueron la primera institución en construir una vivienda estable en las ruinas de Hiroshima. El P. Kleinsorge consolaba como podía, y contestaba a las dudas y preguntas que le hacía sobre la vida y las verdades absolutas la Srta. Sasaki, que ya sabía que iba a quedar lisiada para toda su vida. A comienzos del verano de 1946 se preparaba ya para convertirse al Catolicismo y recibir el bautismo.

Al cabo de un año desde la destrucción de la ciudad, Hersey nos presenta de nuevo a los seis protagonistas de la supervivencia en una página que resume de forma dramática su situación:

A year after the bomb was dropped, Miss Sasaki was a cripple; Mrs Nakamura was destitute; Father Kleinsorge was back in the hospital; Dr. Sasaki was not capable of the work he once could do; Dr. Fujii had lost the thirty-room hospital it took him many years to acquire, and had no prospects of rebuilding it; Mr. Tanimoto's church had been ruined and he no longer had his exceptional vitality. The lives of these six

people, who were among the luckiest in Hiroshima, would never be the same. What they thought of their experiences and of the use of the atomic bomb was, of course, not unanimous. One feeling they did seem to share, however, was a curious kind of elated community spirit, something like that of the Londoners after their blitz - a pride in the way they and their fellow-survivors had stood up to a dreadful ordeal (pág.118).

Sorprendente le parece a Hersey el hecho de que gran número de los habitantes de Hiroshima no se planteasen nunca el problema ético del uso de la bomba atómica. Simplemente se decían como la Sra. Nakamura: "Shikata ga nai", no hay nada que hacer. Lo mismo pensaba el Dr. Fujii que le decía una tarde en alemán al P. Kleinsorge: "Da ist nichts zu machen", no hay nada que hacer, no tiene remedio.

En el capítulo quinto y último, añadido en 1985, nos presenta el autor las consecuencias que se han derivado para los seis protagonistas tal y como se puede observar cuarenta años después del trágico acontecimiento. Todos ellos han podido observar una especie de prevención, si no rechazo, hacia ellos por parte de la sociedad, y en especial se han sentido olvidados por parte del gobierno japonés y otros organismos de la comunidad internacional. A los supervivientes de la bomba atómica se los conoce ahora como 'hibakusha' o personas afectadas por la bomba atómica. Entre ellas se encuentran los seis protagonistas de *Hiroshima*. Y ésta es la suerte que les tocó:

La Sra. Nakamura después de reparar su máquina de coser trata de ponerse a trabajar con ella con el fin de procurarse el sustento para sí misma y para sus hijos. Siente extrañas y molestas afecciones que la debilitan cada vez más. Para poder subsistir, además de costurera, trabaja en lo que puede, repartiendo periódicos, pan, vendiendo golosinas. En 1954 consigue trabajo en una fábrica donde le pagan como aprendiz ciento setenta yenes al día, llegando al final a cobrar 30.000 yenes mensuales. El 6 de Agosto de 1955 se reúne en Hiroshima el Primer Congreso Internacional contra las Bombas Atómicas y de Hidrógeno. Como resultado de esta reunión el Gobierno japonés decide conceder a los afectados por la bomba una cartilla con la que pueden obtener asistencia sanitaria gratuita. En 1966, al cumplir cincuenta y cinco años de edad, se jubila con una pensión de 20.000 yenes al mes. En 1975 se revisó una de las leyes para la ayuda de los 'hibakusha' por la que la Sra. Nakamura recibió una ayuda mensual de 6.000 yenes. En mayo del mismo año, durante el festival de las flores sintió que se mareaba y una ambulancia la llevó al hospital. Al llegar dijo que se sentía ya bien y pidió que la dejaran ir a casa.

El Dr. Sasaki sigue trabajando en el Hospital de la Cruz Roja. Se casa y trata de llevar una vida nueva, pero el trabajo en el Hospital le resulta duro. Consiste fundamentalmente en curar pacientes de la bomba atómica, principalmente queloides. En 1951 abandona el hospital y establece por su cuenta una clínica privada. En 1963 realiza un curso de anestesia en el Hospital de la Cruz Roja de la ciudad de Yokohama. En el mismo se sometió a un chequeo en el que se le descubrió un tumor en un pulmón. Le estirpan todo el pulmón. Después de una fuerte hemorragia se despidió de su mujer, de sus hijos y de todos los presentes creyendo que ya había llegado su fin. Sobrevivió, y luego contaba que ésta había

sido la experiencia más importante de su vida, incluso mayor que la de la bomba de Hiroshima. En 1972 muere su esposa de cáncer de mama. En 1977 amplía su clínica y comienza a ganar mucho dinero. Su principal placer era hacer de vez en cuando una visita a Hiroshima que era ahora una bella ciudad de más de un millón de habitantes, de los cuales tan sólo el diez por ciento eran 'hibakusha' o afectados por la bomba, una ciudad llena de flamantes coches japoneses; una ciudad de gentes esforzadas y de sibaritas, con setecientas cincuenta y tres librerías y dos mil trescientos cincuenta y seis bares.

El P. Kleinsorge visita con frecuencia el hospital porque sufre fiebre, diarrea, heridas que no curan y otros síntomas. Esta primero al frente de la parroquia de Misasa. Su colega el P. Bersikofier decía en broma que el P. Kleinsorge estaba casado con Japón. De hecho adquirió la nacionalidad japonesa con el nombre de P. Takakura. En su labor evangelizadora convierte y bautiza a varios supervivientes de la bomba. Al empeorar su salud y disminuir su capacidad de trabajo se le encomienda una parroquia más pequeña en Noborimachi. Finalmente en 1961 fue enviado a una pequeña aldea, Mukaihara, donde tenía su floreciente clínica el Dr. Sasaki. En esta época el P. Takakura fue una de las personas entrevistadas por el Dr. Robert J. Lifton para preparar su libro *Death in Life: Survivors of Hiroshima*. En 1976 sufre una caída y tiene que ser atendido. Su salud se deteriora constantemente, y por fin muere en 1977. Le enterraron en un tranquilo bosque de pinos junto al Noviciado de Nagatsuka, y los novicios y padres de la comunidad observaron que sobre su tumba casi siempre había flores frescas.

La Srta. Sasaki no se casa porque su novio y la familia del mismo consideran que es un grave impedimento el que ella sea 'hibakusha', afectada por la bomba atómica y además lisiada. Recibe instrucción religiosa y consuelo del P. Kleinsorge, y en Septiembre de 1946 recibe el bautismo de manos del P. Cieslik ya que el P. Kleinsorge se encuentra hospitalizado. Lleva luego a sus hermanos a un orfanato, y ella se pone a trabajar en el mismo. Las religiosas del orfanato pagan para que la operen de la pierna. En 1957 entraba ella misma en la Congregación religiosa tomando el nombre de Hermana Dominique Sasaki. Pronto le encomendaron la dirección de la residencia San José para ancianos cerca de Kurosaki en Kyushu. En 1970 asistió en Roma a un congreso de religiosas en trabajo, y viajó por distintos países de Europa. A los 55 años dejó la dirección de la residencia San José. En 1980 en la casa central de la congregación en Tokio le dedicaron un homenaje por sus 25 años de vida religiosa, que ella recuerda como uno de los momentos más felices de su vida. Estaba presente la Madre General de la Congregación. La Hermana Sasaki echó un pequeño discurso: "I shall not dwell on the past. It is as if I had been given a spare life when I survived the A-Bomb. But I prefer not to look back. I shall keep moving forward".

El Dr. Sasaki deja en 1948 su clínica de las montañas y construye una nueva en Hiroshima. Sus cinco hijos siguieron profesionalmente el ejemplo de su padre estudiando medicina. Lo que más hacía era curar heridas y operar de queloides. Cada día trataba a unos ochenta pacientes. En 1956 acompaña a un grupo de chicas a Nueva York donde serán operadas de queloides. Combate la monotonía de la vida y su apatía con el alcohol. El día de Año Nuevo de 1963 sus familiares le

encontraron inconsciente en su lecho con una estufa de gas de la que salía gas pero sin arder. Durante nueve años vivió una vida simplemente de vegetal. Murió el 12 de Enero de 1973. En la autopsia descubrieron que tenía el cerebro atrofiado, el intestino grueso se había agrandado y tenía un cáncer del tamaño de una pelota de ping-pong en el hígado. Sus cenizas fueron enterradas en los terrenos de la Luz del Templo de Loto, cerca de la casa de su familia materna en Nagatsuka.

El Sr. Tanimoto decide ir en Septiembre de 1948 a EE.UU. con el fin de recaudar fondos para reconstruir su iglesia. Allí conoce a la escritora Pearl Book que trató de ayudarle. Para ello le pone en contacto con Norman Cousins que propone la idea de hacer un programa de adopción de niños huérfanos. Cousins se encarga de administrar el dinero que se recoge y del que llega muy poco a los huérfanos. La idea de Tanimoto de hacer en Hiroshima un 'Centro de la Paz' tampoco tiene buena acogida por parte de las autoridades de la ciudad que la rechazan en 1950. Durante este periodo los EE.UU. habían realizado dos pruebas nucleares en el Pacífico, una en 1946 y otra en 1948. El 23 de Septiembre de 1949 anunciaban por su parte los rusos que habían desarrollado ya una bomba atómica. En 1952 realiza Gran Bretaña su primera prueba atómica y EE.UU. la primera de hidrógeno; y en Agosto de 1953 la Unión Soviética practicaba asimismo su primera prueba con la bomba de hidrógeno. Luego siguieron Francia en 1960, China en 1964, e incluso la India en 1974. En 1955 organiza Tanimoto los viajes de varias chicas a EE.UU. para que las operen de queloides, en uno de los cuales toma parte el Dr. Fujii. Al año siguiente adopta un niño que han abandonado a la puerta de su iglesia. Hizo algunas visitas más a EE.UU. En 1982 se jubiló con una modesta pensión de la Iglesia Unida de Japón. En 1984 tiene 70 años, cuando la esperanza de vida de un 'hibakusha' era de 60, pero su memoria se va debilitando.

Hiroshima de John Hersey es, sin duda, una obra narrativa digna de figurar en la historia literaria norteamericana. En la época en que se escribió y con motivo de la segunda guerra mundial se revalorizó el relato y la crónica enviados desde la escena donde se desarrollaban los hechos. John Hersey es sin duda un maestro del nuevo estilo que aplica incluso a sus novelas. Recientemente el profesor y prestigioso crítico literario George Steiner disertaba sobre el nuevo tipo de literatura que está surgiendo en nuestro tiempo, unas formas híbridas de lo que se podría denominar hecho-ficción. Y se preguntaba ¿Qué novela puede hoy competir realmente con el mejor de los reportajes, con lo mejor de la narrativa inmediata? Esta pregunta se la hace inevitablemente también el lector de la obra de Hersey, *Hiroshima*. Difícilmente podrá una novela igualar nunca el interés, el dramatismo, la vitalidad de esta narración que partiendo de lo que aparentemente podría parecer una crónica de guerra se convierte en una crónica personalizada y emotiva de la vida de unos seres humanos en unas condiciones extremadamente duras creadas por otros seres humanos.

Hiroshima Notes

El autor de *Hiroshima Notes* nació en 1935 en la pequeña aldea de Ose entre las montañas de la isla japonesa de Shikoku. Estudió en la Universidad de Tokio,

la más prestigiosa de Japón, primero ciencias y matemáticas que abandonó luego para estudiar literatura francesa escribiendo una tesis sobre Sartre. Desde 1957 se dedicó ya plenamente a escribir, interesándose fundamentalmente por la realidad del Japón de la postguerra y por la problemática de los jóvenes intelectuales del momento. Viajó asimismo por Europa, Rusia y Estados Unidos. En 1957 con su breve relato *Crianza* ganó el premio literario Akutagawa; obtuvo posteriormente otros muchos premios nacionales e internacionales, entre ellos el Prix Europalia de 1989, y finalmente el Premio Nobel de Literatura de 1994. El año 1958 escribe dos novelas polémicas que le dieron renombre, *Nuestro tiempo* y *Noche, avanza despacio*. En 1960 con motivo del asesinato del líder socialista Asanuma publicó dos relatos breves, *Seventeen* y *Los jóvenes de la política* que le valieron una fuerte crítica por parte de la extrema derecha del país. En 1962 publica dos novelas, una de ellas autobiográfica, *El muchacho que llegó tarde*, y otra sobre los inconvenientes de la vida en la ciudad, *Griterío*, y una serie de relatos que lleva por título *Hombre sexual*.

En 1963 le nació al matrimonio Oe un hijo con una lesión en el cráneo por la que salía al exterior parte de la masa cerebral. Los padres dudaron entre dejarle morir o someterle a una difícil operación que le dejaría parapléjico para toda la vida. Optaron por la vida de su hijo que quedó casi ciego y con muy poca capacidad para hablar. Es bien conocido el hecho de que Oe sacó gran fortaleza y energía para sacrificarse por su hijo del ejemplo de *dignidad* que aprendió de los supervivientes de la bomba atómica y de la *autenticidad* de los que se preocupaban de ellos. El hijo de Oe llegó a ser un extraordinario compositor de música a pesar de su discapacidad.

En Agosto del mismo año 1963 le ofrecieron a Oe la comisión de hacer un reportaje sobre las consecuencias y secuelas de la bomba atómica dieciocho años después de que fuera lanzada sobre Hiroshima. Con este objeto, y con ocasión de la celebración del 'Noveno Congreso Internacional contra la Bomba Atómica y de Hidrógeno' que se celebraba en Hiroshima, hizo una visita a la ciudad, que repetiría luego en años sucesivos. Esta primera visita dejó en el escritor una profunda huella, de modo que él mismo llega a calificar esta experiencia en Hiroshima como de una auténtica conversión. De estas visitas nació también el extraordinario y vibrante relato que ahora nos ocupa, *Hiroshima Notes*.

El año 1963 significó también para Oe una nueva etapa en su vida literaria, una nueva vertiente que le impulsará a escribir más de cuarenta novelas, relatos breves, y ensayos de crítica literaria y de política que le han dado a conocer por el mundo entero y le merecieron el Premio Nobel de Literatura del año 1994.

En 1964 publica la novela *Una experiencia personal* que ha sido calificada por el crítico John Bester como "un nuevo tipo de afirmación de la vida, una voluntad de perseverar que se alza en un corazón desesperado". En ella trata de la tremenda carga que representa para sus padres el nacimiento de un hijo con el cerebro dañado, recogiendo de esta forma el problema personal con el que se encontró en su propia vida. Entre las demás obras escritas posteriormente se podrían destacar *El juego de la contemporaneidad* (1979), en la que se presenta la vida en una aldea como microcosmos de la vida de la sociedad japonesa. De 1988 es su *Ultima novela* que

es en realidad una colección de ensayos en los que reafirma su conexión con la anterior generación de novelistas de postguerra con orientación política. En *Una vida tranquila* (1990) el autor se presenta con un tono reflexivo sobre su propia vida familiar. Teniendo en cuenta tanto la cantidad como la calidad de su obra no cabe duda de que Kenzaburo Oe es uno de los más grandes escritores japoneses de la postguerra, si no el mayor de todos.

Hiroshima Notes tiene en común con *Hiroshima* de John Hersey no sólo el tema principal sino también los orígenes de la obra. Antes de que apareciera el libro, Hersey lo publicó en capítulos sucesivos en *The New Yorker*, siendo por lo tanto la obra una recopilación de aquellos relatos. De la misma forma *Hiroshima Notes* es asimismo una recopilación de los reportajes que escribió Oe para la revista mensual japonesa *Sekai*. En sus visitas a Hiroshima el escritor fue anotando sus pensamientos e impresiones que dejó luego consignados en artículos o 'Notas' que se publicaron sucesivamente en *Sekai*. El libro se publicó en 1965 y se vendieron más de 700.000 ejemplares. Llevaba por título en el original japonés *Hiroshima Nooto*. Desde el año de su publicación hasta 1994 se hicieron 52 reediciones de la obra. Se tradujo al inglés por primera vez en 1981, y nuevamente en 1995.

Hiroshima Notes consiste, pues, en una serie de crónicas de las experiencias y reflexiones del autor en el periodo de dos años como resultado de sus visitas a Hiroshima y de su contacto personal con las víctimas heroicas de la bomba atómica y los médicos que las trataron. Aquí se distingue claramente de John Hersey. Hersey nos da unos relatos objetivos de los hechos tal y como los experimentaron los testigos que presenta, mientras que Oe reflexiona sobre lo que dicen y hacen las gentes con las que se encuentra en Hiroshima. En la introducción de la versión inglesa de 1995 escribe el propio Oe que su experiencia en Hiroshima en el verano de hace 32 años, y el pensamiento que elaboró a partir de aquella experiencia tenían algo claramente universal, y añade literalmente: "At the very least this experience produced the views of human beings, society, and the world that subsequently shaped my literature... this book has a vital lesson for today. I have tried to live by the lessons I learned during my first summer in Hiroshima, and my writing has been based on those lessons" (págs. 9-10). En una conferencia que dió en la Universidad de Harvard y en la SOAS de la Universidad de Londres describía así esta obra: "*Hiroshima Notes* is an essay on the nature of the awareness and imaginativeness the victims and doctors had of modern society; an essay expounding on the new sense of morality established upon such awareness and imagination". Por su parte el diario londinense, *The Independent*, calificaba la obra de Oe como "the finest of the many accounts of the bomb and its survivors", y el *Daily Telegraph* añadía por su parte: "No Japanese has ever written more brilliantly than Oe about the division that exist in the soul of his country. He has been formed by two very different nations - Japan before and after Hiroshima".

La obra que ocupa 192 páginas en su versión inglesa consta de un prólogo, "Toward Hiroshima: April 1963", siete capítulos, y un epílogo, "From Hiroshima: January-May 1965". En el prólogo se nos presenta por una parte el ambiente amargado por las divisiones políticas que existe en el Noveno Congreso Internacional contra la Bomba Atómica y la de Hidrógeno. El malestar provenía

de la lucha entre los los distintos grupos, asociados unos al partido socialista que favorecía la posición de la Unión Soviética y otros al partido comunista que se inclinaba a favor de la posición de China en el tema de las pruebas nucleares. En llamativo contraste frente a los intereses de las organizaciones politizadas descubrimos con Oe el carácter verdaderamente humano de las gentes de Hiroshima, los que realmente sabían por experiencia lo que era la bomba atómica. Así lo explicaba Yoshitaka Matsusaka que en Agosto de 1945 llevó a hombros a su padre médico, víctima él mismo de la bomba, para asisir a las víctimas de la bomba:

People of Hiroshima prefer to remain silent until they face death. They want to have their own life and death. They do not like to display their misery for use as 'data' in the movement against atomic bombs or in other political struggles. Nor do they like to be regarded as beggars, even though they were in fact victimized by the atomic bomb (pág. 19).

Oe recuerda en este prólogo a dos poetas de Hiroshima. El uno es Sankichi Toge que escribió excelentes poemas sobre la miseria causada por la bomba atómica, y sobre la dignidad de las personas que no se rindieron ante las dificultades. En el Memorial de la Paz de Hiroshima aparecen escritos en inglés algunos de sus versos:

Give back my father, give back my mother;
Give grandpa back, grandma back;
Give me my sons and daughters back.

Give me back myself
Give back the human race.

So long as this life lasts, this life,
Give back peace
That will never end (pág. 24).

El otro es el escritor Tamiki Hara que, en Diciembre de 1945, cuando todos los habitantes de Hiroshima estaban todavía anonadados y en silencio, escribió su brillante obra, *Natsu no hana*, o *Las flores del verano*.

El primer capítulo, "My first journey to Hiroshima. August 1963", nos presenta la Hiroshima de dieciocho años después de la bomba, ya reconstruida, activa y con el mayor número de bares de todas las ciudades de Japón. Hay por las calles visitantes blancos y negros que se mezclan con los nativos portando banderas y entonando canciones, y se dirigen hacia el parque del Memorial de la Paz. Los congresistas, por sus diferencias ideológicas y políticas, no se ponen de acuerdo. Hay muchas reuniones, hay marchas por la paz, pero Oe observa que muy pocos ciudadanos de Hiroshima están interesados en esos acontecimientos. En la institución sanitaria ABCC (Comisión para las Víctimas de la Bomba Atómica), donde se sigue tratando a las víctimas de la bomba atómica, donde se cuenta el número de leucocitos en la sangre para controlar el avance de la leucemia, donde diariamente siguen muriendo víctimas de la bomba, nadie habla del Congreso. Es

como si se estuviera celebrando en una ciudad lejana. El propio Oe se siente forastero cuando asiste a alguna de las muchas reuniones programadas del Congreso. Su interés por Hiroshima aumenta en cambio cuando sale de esas reuniones y se encuentra la Hiroshima real, las gentes de la ciudad, o cuando asiste a alguna reunión de las víctimas de la bomba, de los 'hibakusha'. El interés allí no versaba sobre preguntas y respuestas teóricas, sino sobre los problemas para conseguir asistencia médica que tenían los afectados por la bomba dispersados muchos de ellos por todo el país, fuera de Hiroshima. En su última noche de Hiroshima recuerda Oe el acto religioso budista en el que se echaron a flotar en el río farolitos blancos, rojos o azules en honor de los muertos. El propio Oe trató también de honrar a un amigo que se había suicidado en París porque tenía un terror histérico a la guerra nuclear.

En el segundo capítulo, "Hiroshima Revisited. August 1964", recuerda el autor los cambios ocurridos a lo largo de un año. En el hospital de la bomba-A murieron 74 pacientes, en su mayoría por cáncer. Muchos otros murieron fuera del hospital, mayores y jóvenes. Otros se suicidaron o perdieron la razón al enterarse de que se les había diagnosticado una enfermedad relacionada con la bomba A. Tenían un sentimiento cercano al del poeta Takeo Takahashi que escribió:

I would be comforted
if all living things
in heaven and earth
were to perish
in utter desolation.

El Sr. Toshihiro Nakai, editorialista del periódico regional de Hiroshima, *Chugoku Shinbun*, se lamentaba de que la bomba atómica fuera mejor conocida por su enorme potencial que por la inmensa miseria humana que causaba, y escribía: "El deseo ferviente de las víctimas de la bomba-A, en nombre de todos todos los muertos y supervivientes, es asegurarse de que los pueblos del mundo comprenden plenamente la capacidad destructiva de un bombardeo atómico" (pág. 68). Pedía asimismo al gobierno de Japón, único país del mundo que había sido bombardeado con bombas atómicas, que preparase un dossier con todas las víctimas y daños causados por las bomba atómicas, y lo diera a conocer a través de las agencias de Naciones Unidas, y fomentase así el movimiento por la paz.

El capítulo tercero, "The Moralists of Hiroshima. September 1964", nos presenta un admirable valor y heroísmo ante el sufrimiento, un 'nuevo humanismo que brota de la miseria de Hiroshima'. Oe nos ofrece varios casos de ese heroísmo, como el de la joven madre, víctima de la bomba-A, que dió a luz un niño muerto y deforme. Ella pidió que se lo dejaran ver, pero el médico siguiendo la política del hospital no se lo permitió. Ella entonces se lamentó: "Si al menos pudiera ver a mi hijo, me animaría". Una mujer que quiere ver a su hijo muerto y deforme para cobrar ánimos, es que está viviendo, en opinión de Oe, en el límite extremo donde el ser humano puede seguir siendo humano. Hay también otros casos incluso más tristes como el de aquella joven que al enterarse de que tenía leucemia se suicidó. Oe

confiesa que al oír hablar de casos como éste considera que es una suerte para Japón el no ser un país cristiano ya que así ningún sentimiento de culpabilidad le impide a esta joven o a otros el quitarse la vida. El autor llega incluso a afirmar que si él tuviera cáncer probablemente se ahorcaría sin ningún sentimiento de culpa ni miedo al infierno. Sin embargo reconoce que, aun siendo así personalmente, se reanima cuando se encuentra con el sentido total y fundamentalmente humano de moralidad en las personas de Hiroshima, 'que no se suicidan a pesar de su miseria', "who do not kill themselves in spite of their misery" (pág. 84). Entre otros testimonios de Hiroshima se presenta también el de una anciana coreana cristiana, que perdió a sus cinco hijos cuando la bomba; ella misma sufrió asimismo terribles heridas desde el pecho hasta el cuello y en ambos brazos, y con todo afirmaba: "Si Dios no me hubiera dado su gracia, me habría suicidado o me habría vuelto loca" (pág. 88).

Muchos que fueron víctimas de la bomba, rodeados de muerte y desolación, se convirtieron, según Oe, en los primeros moralistas o 'intérpretes de la naturaleza humana' en nuestra edad nuclear. Por eso debemos esforzarnos por preservar y transmitir la verdadera moralidad de las gentes taciturnas de Hiroshima.

Capítulo cuarto, "On Human Dignity. October 1964". Lo más importante que Oe descubrió en Hiroshima fue la dignidad humana que, por otra parte, considera necesaria para soportar y dirigir su propia vida. El valor de la vida está precisamente en la dignidad humana que hace que podamos vivir aun en las más miserables circunstancias. El sentido profundo de esa dignidad y el modo de conseguirla es el tema central del capítulo. Las gentes de Hiroshima han sido sin duda un ejemplo heroico de cómo vivir con dignidad.

El capítulo quinto, "The Unsundered People. November 1964", es un canto de alabanza al valor y dedicación de los médicos supervivientes de Hiroshima que, a pesar de ser ellos mismos víctimas, nunca cesaron en su labor humanitaria de socorrer a los demás. A pesar de que no sólo no había medicamentos adecuados sino que ni siquiera se sabía nada acerca de las nuevas enfermedades de la radiación atómica, jamás habían desistido en su esfuerzo, ni se habían rendido en su lucha de veinte años contra el mal producido por la bomba atómica.

En el capítulo sexto, "An Authentic Man. December 1964", se confirman los hechos establecidos en el capítulo anterior proponiéndose un ejemplo concreto en la persona del Dr. Fumio Shigueto que había llegado a Hiroshima para encargarse de la dirección del Hospital de la Cruz Roja tan sólo una semana antes de la explosión atómica. Durante veinte años fue el 'auténtico hombre' que cumplió con su obligación de investigar los efectos de las enfermedades causadas por la bomba, y de buscar los posibles remedios, a pesar de los múltiples obstáculos con que se encontró. Incluso fue duramente criticado por la Comisión para las Víctimas de la Bomba Atómica por dar a conocer la relación de la leucemia con la radioactividad en Hiroshima. Tuvo asimismo que defender la tesis de un joven médico que sufrió duros ataques por la presión de políticos y de las fuerzas de ocupación que se oponían a que se dieran a conocer todos los graves problemas de la radiación nuclear. A pesar de todos los obstáculos y dificultades el Dr. Shigueto cumplió con su deber, siendo así el mejor representante y el símbolo del 'auténtico hombre de Hiroshima'.

Capítulo siete. "Other Journeys to Hiroshima. January 1965". Una nueva visita a Hiroshima le sirve a Oe para profundizar en la reflexión sobre la miseria y dignidad humanas. En el Hospital de la bomba-A siguen muriendo de leucemia personas jóvenes y adultos, entre ellos un joven que al enterarse de que le quedaban tan sólo dos años de vida decidió dejar el hospital y salir a trabajar para vivir una vida normal. Así lo hizo. En ese tiempo se enamoró de él una joven de veinte años y se comprometieron. Cuando a los dos años murió él, ella tomó una sobredosis de pastillas de dormir y se unió a él en la muerte. Ella, nos dice Oe, honró la muerte de él con la dignidad de su propia muerte; ella se dió toda al hombre sacrificado por la bomba atómica, sin pensar que hacía un sacrificio, actuando tan sólo por el amor que le profesaba. Ella se fue en silencio, sin recriminar a nadie.

En Hiroshima se entrevistó Oe con varias personas, entre ellas con la Sra. Murato que tenía la cara totalmente desfigurada de enormes cicatrices queloideas, y le preguntó qué era lo que la había librado de cometer suicidio o caer en la locura o en la desesperación, o vivir en su casa sin salir jamás a la calle como hacían otras muchas jóvenes, a lo que ella contestó que había tenido su 'conversión' en el Primer Congreso Mundial contra las Bombas A y H al darse cuenta de un hecho fundamental y esencial, "que no era la única persona que sufría" (pág. 159).

En el epílogo, "From Hiroshima. January-May 1965", Oe propone a la Organización de pacientes de las bombas A y H que recojan todos los datos sobre la bomba atómica, incluidas las memorias de las víctimas para que se puedan conservar, e insta a los intelectuales a que colaboren en esta empresa. También presenta el autor una serie de ejemplos impresionantes de esas memorias de los supervivientes de Hiroshima. Teniendo en cuenta las visitas que hizo a la ciudad desde 1963 no duda el autor en afirmar: "Hiroshima ha venido a ser, ciertamente, el factor de más peso y de mayor influencia en mi pensamiento" (pág. 180).

Hiroshima Notes es una obra que sin duda se originó en la mente del autor como un reportaje de un acontecimiento fundamentalmente político, pero que pronto se convirtió en una profunda vivencia personal. El Noveno Congreso Mundial contra las Bombas Atómica y de Hidrógeno, como en buena parte los anteriores, se había convertido en una plataforma política en la que las dos principales ideologías contendientes querían hacer prevalecer su punto de vista en relación con el puesto que le correspondía al armamento nuclear en la política internacional. Los grupos que acudían al Congreso de Hiroshima representaban en su mayoría a dos bloques muy influyentes, el pro-chino y el pro-soviético. Por otra parte la posición oficial del Gobierno japonés que apoyaba la posición Norteamericana se encontraba con grandes protestas y manifestaciones en las calles, en las Universidades, en la prensa. Era la época en que se estaba negociando un nuevo Tratado de defensa entre Japón y EE.UU. y la opinión pública pedía la prohibición de todo tipo de armas nucleares en el territorio nacional japonés, incluidos sus puertos y bases militares tanto navales como aéreas. Pero Oe, en contacto con los habitantes de Hiroshima, quedó inmediatamente cautivado por la realidad humana de los supervivientes a quienes no les preocupaba en absoluto la problemática de los políticos y sí su propio futuro. Ahí es donde Oe encontró su conversión. Su primer objetivo de hacer un reportaje de los acontecimientos

esencialmente políticos perdió para él todo su interés, para convertirse en cambio en defensor y portavoz de los que habían sufrido y seguían aún sufriendo las consecuencias de la bomba atómica. De esta forma la obra de Oe se convierte en un clamor desde lo más profundo de su alma japonesa, hermana de la de los habitantes de Hiroshima, para que se preste mayor atención y ayuda a aquellas personas que han sido damnificadas y por el compromiso de toda la humanidad para que no se vuelva a repetir semejante catástrofe.

Yo viví la Bomba Atómica

El autor de esta obra, que fue testigo de la catástrofe nuclear de Hiroshima, es el Rector del Noviciado de Nagatsuka del que habla repetidas veces John Hersey sin indicar su nombre ni su nacionalidad en su obra, *Hiroshima*, anteriormente comentada. Se trata del jesuita español, P. Pedro Arrupe. Nacido en Bilbao en 1907, estudió medicina en Madrid donde fue alumno del Dr. Negrín. Antes de terminar la carreta entra en el noviciado de los jesuitas en Loyola en enero de 1927, completando posteriormente sus estudios de filosofía y teología en Alemania y EE.UU. Ordenado sacerdote el 30 de Julio de 1936 es destinado a Japón donde llega en 1938. Cuando la explosión atómica en Hiroshima el año 1945 ocupaba el cargo de rector y maestro de novicios en el Noviciado de los jesuitas de Nagatsuka, a seis kilómetros de Hiroshima. Fue luego superior Provincial en Japón hasta Mayo de 1965 en que fue nombrado General de la Orden para residir en Roma, puesto que ocupó hasta Septiembre de 1983, muriendo finalmente en 1987.

En 1950 fue nombrado por la Santa Sede 'Relator de la Misión de Japón', y como tal dió cuenta al Papa del estado de la Iglesia en Japón y de la situación general del país. El Papa le encomendó luego la misión de dar a conocer por el mundo el momento transcendental por el que estaba pasando el Extremo Oriente y en especial Japón. Este encargo del Papa fue realmente la causa última que motivó la creación de su libro *Yo viví la bomba atómica*. Tanto en España como en América del Norte y del Sur habló el P. Arrupe sobre Japón en salas de espectáculos, salones de cultura y muchos otros centros. El mismo autor, en la introducción a su obra, nos explica las circunstancias:

Quise hablar de Japón, de sus cuestiones, de sus sufrimientos, de sus necesidades. Al ver el vacío de los salones (no estaban interesados en aquel país tan lejano), sentí otro vacío más desolador en el alma. Cambié de táctica: esta vez, "un superviviente de Hiroshima iba a hablar sobre sus experiencias en la explosión atómica". En los salones hasta entonces vacíos, parecían surgir como por generación espontánea miles y miles de oyentes. Ya no dábamos abasto. Centros recreativos, teatros y cines se disputaban las conferencias (pág. 9).

El éxito del tema de la bomba atómica en sus conferencias le animó a escribir el libro que se publicó en 1952. El objetivo principal de la obra, como lo eran sus

conferencias, era dar a conocer por el mundo occidental aquel país 'exótico' del Extremo Oriente, Japón, del que tan poco se conocía. En consecuencia, el tema de la bomba atómica era tan sólo un capítulo, aunque para el público parecía ser el que más interés suscitaba, y por ello pasó a figurar como el título del libro. La obra se divide en efecto en cuatro capítulos, cada uno de los cuales consta de varios apartados. El primer capítulo, "Escenario de la explosión atómica: El Japón", trata del Japón como país desconocido, su potencialidad antes de la guerra, y las resistencias a una fe exótica. En el segundo capítulo, "La guerra y la bomba atómica", es donde aparece el tema de la explosión de la bomba atómica en el apartado segundo; en el primero se trata de la guerra de 1941-45, y en el tercero el fin de la guerra. El capítulo tercero, "El Nuevo Japón", trata en primer lugar de la postguerra dirigiendo luego una mirada hacia el futuro. Finalmente el último capítulo esta formado por "Apéndices" sobre la Iglesia Católica en Japón, los protestantes en Japón, la alocución del Emperador el día 1 de Enero de 1946, y el progreso de la producción en el Japón de la postguerra. De las 144 páginas que componen la obra tan sólo 32 se dedican al tema de la explosión de la bomba atómica, aunque eso sí, están en el centro del libro.

En el apartado que denomina "Bomba Atómica", el autor nos presenta el escenario, la ciudad de Hiroshima con cerca de 400.000 habitantes y con la mayoría de sus casas de madera. Los jesuitas tienen dos casas, una junto con una parroquia en el centro de la ciudad, y otra en Nagatsuka a seis kilómetros del centro, donde estaba él con 35 jóvenes novicios japoneses. Entre la gente era constante el temor a un bombardeo ya que las ciudades vecinas los habían sufrido ya de gran dureza, y todos los días a las cinco de la mañana se veía sobrevolar el cielo de Hiroshima un bombardero B-29 al que denominaban ya con cierta ironía 'el correo americano'. El día 6 de Agosto de 1945 rompiendo la monotonía apareció otro B-29 a las ocho menos cinco de la mañana, y sonó la señal de alarma en la ciudad. A los diez minutos cesó la señal, y todos emprendieron de nuevo su actividad normal. El P. Arrupe lo cuenta así:

Estaba yo en mi cuarto con otro Padre, a las ocho y cuarto de la mañana, cuando de repente vimos una luz potentísima, como un fogonazo de magnenio disparado ante nuestros ojos. Naturalmente, extrañados, nos levantamos para ver lo que sucedía, y al ir a abrir la puerta del aposento -éste daba hacia la ciudad- oímos una explosión formidable, parecida al mugido de un horrible huracán, que se llevó por delante puertas, ventanas, cristales, paredes endebles..., que hechos añicos, iban cayendo sobre nuestras cabezas.

Nos tiramos, o fuimos tirados al suelo. Y digo fuimos tirados, porque un Padre alemán de más de 90 kilos de peso se hallaba apoyado en la ventana de su cuarto y se encontró de pronto sentado en el pasillo, a varios metros de distancia, leyendo un libro.

Seguía sobre nosotros la lluvia de tejas, ladrillos, trozos de cristal...tres o cuatro segundos que nos parecieron mortales, porque cuando uno se teme que una viga le caiga en la cabeza y le aplesite el cerebro, el tiempo se hace muy largo.

Cuando pudimos ponernos en pie, fuimos a recorrer la casa... Salimos al jardín, para ver dónde había caído la bomba, pues nadie dudaba que esto hubiese sucedido; pero al llegar y recorrerlo todo, nos miramos extrañados unos a otros: allí no había ningún hoyo, ni ninguna señal de explosión. Los árboles, las flores, todo, aparecía normal.

Estábamos recorriendo los campos de arroz que circundan nuestra casa para encontrar el sitio de la bomba, cuando, pasado un cuarto de hora, vimos que por la parte de la ciudad se levantaba una densa humareda, entre la que se distinguía, claramente, grandes llamas... Desde una colina pudimos distinguir en donde había estado la ciudad, porque lo que teníamos delante era una Hiroshima completamente arrasada.

Como las casas eran de madera, papel y paja, y era la hora en que todas las cocinas preparaban la primera comida del día, con ese fuego, y los contactos eléctricos, a las dos horas y media de la explosión toda la ciudad era un enorme lago de fuego (págs. 64-65).

Expone a continuación el autor una serie de datos y estadísticas de la catástrofe. Cómo una ola gaseosa se extendió hasta seis kilómetros de radio, y cómo a los diez minutos cayó una densa lluvia, negra y pesada sobre la ciudad. Pasa luego a describir algunos de los casos que presencié. Uno de los que más le impresionaron fue el de un grupo de muchachas jóvenes que iban arrastrándose agarradas unas a otras. John Hersey, por su parte, afirma en su obra que las autoridades municipales habían ordenado que las chicas de los colegios se dedicaran a limpiar las calles de todo tipo de maderas y objetos combustibles que pudieran propagar el fuego en caso de un bombardeo. A las 8,15 estaban todas las jóvenes de Hiroshima en las calles realizando este trabajo. Las que pudieron sobrevivir fueron las que luego se denominarían las 'keloid girls', las chicas del rostro horriblemente desfigurado por las queloides y cicatrices. El P. Arrupe describe la visión de aquel grupo de jóvenes con estas palabras:

Nunca se me olvidará, porque fue una de mis impresiones primeras de la bomba atómica, aquel grupo de muchachas jóvenes, de dieciocho a veinte años, que venían agarradas unas a otras, arrastrándose el pecho. Una de ellas tenía una ampolla que le ocupaba todo el pecho. Tenía además la mitad del rostro quemado y un corte producido por la caída de una teja, que, desgarrándole el cuero cabelludo, dejaba ver el hueso, mientras gran cantidad de sangre le resbalaba por la cara. Y así la segunda, la tercera... (pág. 68).

Ante el espectáculo dantesco de muertos y heridos se le ocurrió al P. Arrupe acomodar la casa noviciado de Nagatsuka como hospital improvisado para atender a todos los que se pudiera admitir, un total de más de 150 personas. Pero las únicas medicinas de que disponían eran un poco de yodo, aspirinas, sal de frutas y bicarbonato. Lo que más sirvió fue, en opinión del P. Arrupe, la sobrealimentación que se les proporcionó, y que es la que dió a aquellos organismos destruidos energía para reaccionar contra las fiebres, las emorragias, y la supuración de las graves

quemaduras y heridas que casi todos presentaban. Explica asimismo el autor los efectos somáticos de las heridas causadas unas por el desplome de edificios, con cortes y contusiones, y otras producidas por vidrios y otros objetos incrustados en el cuerpo; y por fin las quemaduras terribles muchas de ellas, producidas algunas sin que el cuerpo hubiera estado en contacto con el fuego. En medio del dolor de las propias heridas o el que se producía al hacer las punciones y curaciones sin ningún tipo de anestésico o calmante, el P. Arrupe destaca algo que también llamó la atención de John Hersey y de Kenzaburo Oe: el silencio paciente, casi estoico de los pacientes:

Sufrimientos espantosos, dolores terribles que hacían retorcerse a los cuerpos como serpientes y sin embargo, no se oía un solo quejido: Todos sufrían en silencio. Nadie gritaba ni lloraba. En esto es donde el pueblo japonés se manifiesta muy superior a los occidentales: en el control absoluto del dolor y en su estoicismo, tanto más admirable cuanto más espantosa es la hacatombe (pág. ??).

Refiere luego el autor su visita a la ciudad, ‘al teatro de la tragedia’, a las cinco de la tarde después de que la lluvia densa y torrencial apagara parte del fuego que ardía en los escombros. Narra luego algunos de los casos por él presenciados como el de aquel niño con un cristal clavado en la pupila del ojo izquierdo o el del otro con una gruesa astilla clavada en los intercostales. A las diez consiguieron encontrar a los jesuitas de la residencia, entre ellos el P. Shiffer desangrándose y ya casi moribundo, y los trasladaron a Nagatsuka. El espectáculo junto al río era terrorífico: la gente huyendo del fuego se había refugiado en las orillas del río, pero ahora al subir la marea, muchos de ellos incapaces de moverse, veían con terror su fin ahogados en el agua.

El P. Arrupe no olvida la interpretación cristiana del dolor cuando escribe que “en esos momentos de dolor es cuando más cerca se siente a Dios”, y recuerda cómo al decir misa en la capilla, a pesar de las extrañas circunstancias de tener cincuenta heridos con horribles dolores y de tener que ir apartando suavemente con el pie a los niños que se acercaban para ver al extranjero que con trajes tan raros -para ellos- hacía aquellas ceremonias que nunca habían presenciado antes, “a pesar de todo quizá nunca haya dicho Misa con tanta devoción” (pág. 76).

Otro tema de referencia es el tipo de curaciones que tenían que hacer y las que había visto hacer en plan doméstico, presentando luego algunos casos extremos como el de un joven con horribles quemaduras en el fondo de las cuales se había solidificado el pus. El limpiarlas a sangre fría le llevó dos horas y media. O aquel niño con un corte en la cabeza de oreja a oreja, la herida de centímetro y medio de ancho, y el cuero cabelludo separado del hueso, lleno de barro y trozos de cristal. Por otra parte en la ciudad había personas que sin haber sufrido herida alguna, pasados algunos días, acudían al Noviciado diciendo que se sentían muy débiles y creían que habrían respirado algún gas venenoso, y al poco tiempo morían.

El autor nos presenta también las características y efectos de las ondas emitidas por la bomba A, la explosiva, la térmica, y la radioactiva, junto con las estadísticas oficiales que se exhiben en el ‘Information Center’ de Hiroshima: 260.000 muertos

y 163.293 heridos y desaparecidos. De los muertos 50.000 murieron en el momento mismo de la explosión, y 200.000 en las semanas que siguieron.

Aunque corría la voz de que en la ciudad había un gas que mataba durante 70 años, el P. Arrupe y sus compañeros entraron en la ciudad y comenzaron a levantar pirámides de cadáveres para rociarlos de petróleo y quemarlos luego, con el fin de evitar una peste. A los pocos días el mal olor indicaba dónde había más cadáveres, y debajo de los escombros se hallaban a veces familias de cinco o más personas, y de nuevo se hacían montones de cincuenta o más cadáveres para incinerarlos.

Así termina la narración del P. Arrupe sobre la bomba atómica. Pero al final del libro entre los apéndices nos presenta uno con la alocución del Emperador al pueblo japonés el día 1 de Enero de 1946. El 3 de Septiembre de 1945 se había firmado sobre el portaviones americano Missouri en la bahía de Tokio, la rendición incondicional de Japón. Para el P. Arrupe hubo un acontecimiento de tanta o incluso mayor transcendencia para Japón que las bombas de Hiroshima y Nagasaki juntas, y fue el mensaje del Emperador del 1 de Enero, fiesta nacional de Japón, en el que reconocía que “era falsa la secular creencia de su divinidad, y él era un hombre como otro cualquiera”. El dogma de fe, básico en la Constitución e ideología nacional, comenta el P. Arrupe, había saltado hecho pedazos. El efecto de esta ‘bomba’ se extendió en mucha mayor profundidad y en un radio de acción que alcanzó a todo el país de modo que la historia de Japón se dividirá en adelante en antes del 1 de Enero de 1946 y después de esa fecha.

El tema de Hiroshima y la bomba atómica que se trata en *Yo viví la bomba atómica*, lo vuelve a tratar el autor en otra obra más extensa de 363 páginas, que publica en 1958 y lleva por título *Este Japón increíble: Memorias del P. Arrupe*. El capítulo cuarto de esta obra se titula “Hiroshima”, y se extiende desde la pág. 171 a la 234, es decir un total de 33 páginas. El capítulo se divide en dos secciones; la primera, ‘En el Noviciado de Nagatsuka’, trata temas culturales y acontecimientos del momento. La segunda sección es la que se ocupa de la explosión atómica, y se titula ‘El escenario de la bomba atómica’ y reproduce prácticamente, variando muy poco el texto, la narración que se nos ofrece en *Yo viví la bomba atómica*. Sí cambia, sin embargo, un poco el enunciado de los diversos epígrafes en los que divide la sección, y son los siguientes: La explosión atómica. Hospital improvisado. Visiones dantescas. Ahogados en el delta. Sin médicos ni medicinas. Casos individuales. La onda radioactiva. Bajo el signo de la paz. Vencedores y vencidos.

En *Yo viví la bomba atómica* su autor nos presenta una visión dantesca pero a la vez, podríamos decir, reposada de la gran hecatombe de Hiroshima bajo la explosión atómica. El autor, como creyente y cristiano, ofrece al hablar de este acontecimiento como también de los demás que se tratan en la obra una visión providencialista de la historia. Tanto el acontecimiento en sí como su vivencia e implicaciones personales para cada uno de los que lo padecieron pueden adaptarse a una comprensión realista de la vida del ser humano y de la historia humana que habría de ser ‘historia de salvación’. Desde esa perspectiva se explica el hecho de que, aunque a Arrupe le interesa hablar de la bomba de Hiroshima e incluso colocarla en el centro de su narración, no por eso es el problema central de Japón, ni habría de ser tampoco la única fuente de interés para los lectores no japoneses. La

bomba de Hiroshima se convierte pues en manos de Arrupe en un motivo de interés que sirva de medio eficaz para que el mundo occidental se interese por Japón, víctima de la bomba atómica, pero con la energía humana suficiente para superar el trauma y emprender de nuevo la historia.

Conclusión

Los tres autores, el americano, el japonés, y el español enfocan la catástrofe atómica de Hiroshima desde un punto de vista fundamentalmente humano. Hersey nos ofrece una visión fáctica e individualizada, realista e impresionante a la vez, emotiva y objetiva. Por su parte, Oe, identificado por nacionalidad y por afecto a los supervivientes de la ciudad mártir nos presenta una interpretación antropológica y social, profundamente humana, con un nuevo humanismo como él lo denomina, nacido de la más profunda impotencia del ser humano ante una situación límite. El P. Arrupe descubre asimismo dentro de aquel mundo de dolor y de soledad, causado por la bomba, un profundo sentido humano de resignación y de solidaridad que son virtudes que para que pudieran llamarse cristianas bastaría con que las personas que las poseían, y eran mayoría, fueran cristianas de hecho.

John Hersey escribe fundamentalmente para los norteamericanos. Con técnica documental y periodística presenta a sus lectores un retablo gráfico, vivo e impresionante, de seis supervivientes de la bomba, sacados de entre las gentes de Hiroshima. No pretende ponerse en el lugar de los pacientes o identificarse con ellos, pero se acerca a ellos con absoluta simpatía y comprensión con el deseo de captar a través de ellos la visión que ellos mismos tienen de los acontecimientos del 6 de Agosto de 1945, y de sus consecuencias.

Kenzaburo Oe por su parte escribe para un público japonés. Mezclando la técnica del reportaje documental con la reflexión propia, Oe trata no sólo de informar al lector de los acontecimientos del Congreso contra la bomba que se está celebrando en Hiroshima, sino sobre todo pretende convencerle de la urgencia de hacer algo a favor de las víctimas de la bomba y en contra de la proliferación de las armas nucleares. Oe no sólo se solidariza con los pacientes de Hiroshima sino que trata incluso de identificarse con ellos en su espíritu. Toma el caso como algo personal. Esa es sin duda una de las causas de la gran difusión que ha tenido su libro entre el público japonés.

El P. Arrupe a su vez escribe en especial para el público español e hispanoamericano. Y lo hace desde la perspectiva del puesto que ocupa en Japón donde ejerce la labor de misionero del Evangelio. En consecuencia, la aceptación e interpretación de los hechos la hace esencialmente desde una perspectiva cristiana. Por otra parte, de los tres escritores, él es el único que fue testigo presencial de la tragedia atómica, y cuenta por lo tanto su propia experiencia. Su dedicación a la misión que tenía encomendada le convierte asimismo en persona muy implicada, podríamos decir, espiritualmente vinculada a las víctimas de la guerra y de la explosión atómica en concreto, aunque por otra parte no podía prescindir de su condición de extranjero en su país de adopción.

Con la perspectiva que dan los 50 años transcurridos desde la hacaombe de Hiroshima, durante los cuales el mundo vivió primero el intenso rearme nuclear de varios países enfrentados dramáticamente entre sí durante los largos años de la guerra fría, y después de los cuales se llegó luego por fin a un acuerdo global de desmantelamiento de toda estrategia nuclear incluida la prohibición de pruebas nucleares, con esta perspectiva, pues, al lector actual de las tres obras que nos han servido de comentario en las líneas que preceden no le quedará ninguna duda de que estas obras y sus autores contribuyeron de manera eficaz a crear el clima propicio para que la opinión mundial se inclinase en contra de ese monstruo del siglo XX que se llamó bomba atómica, y cuyo símbolo más patético fue la aniquilación de la ciudad de Hiroshima.

Bibliografía

- ARRUPE, Pedro: *Yo viví la bomba atómica*, Madrid. Buenos Aires: Studium de Cultura, 1952.
HERSEY, John (1946): *Hiroshima*. Bath: Chivers Press, 1994.
OE, Kenzaburo (1965): *Hiroshima Notes*. London. New York: Marion Publishers Inc., 1995.